

¿Selección o Inclusión en la escuela chilena? El Baile de los que NO sobran¹.

Por Tatiana Cisternas León
Académica Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado



Los últimos meses hemos visto un encendido debate a favor y en contra de la propuesta del Ministerio de Educación para restablecer la posibilidad de que las escuelas seleccionen por rendimiento a través del proyecto conocido como *Admisión Justa*. Se han desplegado enormes esfuerzos comunicacionales para convencer que esta medida es buena y necesaria especialmente para hacer justicia a los estudiantes con “mérito académico”. Para quienes sabemos el significado relativo de eso que llaman “mérito”, “capacidad” o “esfuerzo” resulta insostenible y altamente discriminatorio suponer que el resto, los demás, aquellos que no tienen promedios sobresalientes,

¹ La versión original de este trabajo fue publicada en la revista Mensaje, en su Número 622. Este artículo incorpora y modifica algunos elementos de dicha publicación.

deben aceptar ser excluidos de una escuela como si en ellos hubiera menos voluntad o empeño por aprender.

Con la masificación y ampliación de la cobertura escolar entraron todos a las aulas. Niños, niñas adolescentes y jóvenes con experiencias, conocimientos, ritmos, intereses y proyectos vitales distintos. Además, las escuelas deben responder a nuevos contextos sociales, demográficos y de inmigración. ¿Cómo abordar esta realidad? El sistema educativo puede optar por dos caminos. El primero supone aprender a trabajar con poblaciones diversas y utilizar esa diversidad en beneficio de la enseñanza y el aprendizaje, con miras a construir una escuela inclusiva. En esta línea el país avanzó con la Ley de Inclusión Escolar (2015) que determina el fin a la selección escolar en establecimientos que reciben subvención del Estado y con el Decreto 83 (2015) que orienta procesos de enseñanza que respondan a la diversidad en el aula. Sin embargo, nuevas propuestas legales como las que actualmente están en debate reabren los cuestionamientos sobre la selección y la exclusión de estudiantes en la educación pública. Este es un segundo camino, que lleva a la segregación por grupos y a la constitución de islas o guetos que entorpecen el diálogo y la integración social. ¿Qué caminos necesita recorrer la escuela chilena?

En la búsqueda de una escuela homogénea

Tras la idea que legitima la selección de niñas, niños y adolescentes en la escuela básica y media está la búsqueda de un estudiante “modelo”, un patrón o ideal bajo el cual se deben medir antes del ingreso a un establecimiento y durante su trayectoria escolar. Dicho ideal no es neutro. Ningún ideal lo es. A través de la selección se determina qué capacidades, actitudes y experiencias son valoradas por la escuela y cuáles no. Así, por ejemplo, rara vez se evalúa la capacidad creativa de un niño o sus aptitudes deportivas, menos aún si le gusta la música o cuán solidario es con los otros. Importa más el resultado de un *test* de inteligencia, una prueba de madurez cognitiva, si sabe “seguir instrucciones” o si posee buenos niveles de atención y concentración. De este modo, se organiza a los niños de acuerdo a cuán lejos o cerca estén de estos ideales. Operan unas clasificaciones y se definen unas jerarquías que a la larga se convierten en “prerrequisitos”, exigencias que por razones obvias sólo algunos pueden cumplir.

En este sentido el debate nacional ha mostrado que aún para muchos actores resulta válido determinar -con unos parámetros o medidas- quiénes merecen estudiar en un establecimiento y quiénes, por consiguiente, no lo merecen. Al parecer, la sociedad chilena ha naturalizado estas prácticas, fruto de muchos años donde las prácticas de selección escolar se desarrollaron sin ser cuestionadas. Se olvida la arbitrariedad que esconde este mecanismo y las consecuencias nefastas sobre estudiantes a los que “no les alcanza el puntaje” para ingresar. Aquel alumno que difiera del estándar esperado abre la sospecha: puede ser un candidato a no avanzar al ritmo deseado, y no cumplir con las metas esperadas. Ese estudiante se puede convertir en una traba para la

constitución de aulas homogéneas que, se cree, garantizaría el éxito del alumno y, por consiguiente, del profesor y la escuela.



Esta crítica en ningún caso rechaza la existencia de proyectos educativos con énfasis formativos particulares, que las familias pueden escoger para sus hijos. El problema se produce cuando en las escuelas que reciben financiamiento público, las diferencias sociales, económicas y culturales (que traen maneras distintas de relacionarse con las personas, las ideas, las cosas, el mundo) se convierten en ventajas u obstáculos para el fracaso o el éxito escolar. Más aún, esta práctica de clasificar, de ordenar a los sujetos según el dominio que tengan, acarrea tras de sí un dilema ético y político. El modelo con el cual se analiza a cada niño se construye sobre la base de un ideal propio de la cultura letrada y dominante. Aquella a la que acceden los más privilegiados en la sociedad. Esta forma de selección parece aún más grave en un país con las tasas de inequidad más altas de todo el mundo.

Los efectos: El baile de los que sobran...

Se transmite un discurso exitista que impregna a las familias y a los propios estudiantes: sentir orgullo por estar donde únicamente entran “los mejores”. Aprenden desde pequeños que convivir con la diferencia no es bueno si se quiere tener éxito

Toda homogeneidad basada en un parámetro de “excelencia” o “mérito” deja huellas. El circuito expresado en la *selección- aceptación de algunos-exclusión de otros* se cristaliza en prácticas que

Cuaderno de Educación Nº 82, 2019
Actualidad

recomendamos que saque a su niño del colegio y se lo lleve a otro menos exigente o Su hijo seguramente repita el año, le va a costar mucho el próximo, lo mejor es que se lo lleve a otra escuela o bien Esta escuela es de excelencia, su hijo tiene un promedio bajo 5.0, no puede continuar aquí... Y así, innumerables ejemplos de prácticas que vulneran derechos y discriminan.

Cuando no se ajustan al parámetro predeterminado, esos estudiantes dejan de ser bienvenidos. En la búsqueda de homogeneidad, la selección también opera en el sentido contrario y con consecuencias indeseables. No solo impacta en aquellos que no se ajustan al ideal. También afecta a aquellos estudiantes que destacan por el éxito que alcanzan. Por ejemplo, es sabido que la estrategia de algunos municipios es buscar entre sus escuelas a los niños con mejores calificaciones y concentrarlos en un mismo establecimiento. El “descreme”, a la luz de los merecimientos de esos estudiantes en realidad transmite un discurso exitista que impregna a las familias y a los propios estudiantes: sentir orgullo por estar donde únicamente entran “los mejores”. Así entonces, ellos aprenden desde pequeños que convivir con la diferencia no es bueno para alcanzar el éxito: *Tener compañeros de curso que saben menos que yo, me perjudica* en realidad es una *mala junta*, que conviene evitar. ¿Es esto lo que queremos transmitir a nuestras futuras generaciones?

Podríamos continuar dando ejemplos. Como aquella práctica de organizar los cursos de acuerdo al nivel que alcancen los estudiantes en las evaluaciones. El curso “A” concentra a los exitosos, el “B” a los que lo son un poco menos, y el “D” a los que no aprenden, los lentos y, generalmente, los conflictivos. Para los primeros hay recompensas, como por ejemplo los mejores profesores. Para los otros, lo de siempre, nada en especial, no tienen el mérito.

En cualquiera de estos casos entristece la resignación que asumen muchos actores del sistema. Por ejemplo, de esa madre o ese padre que piensan: *qué le vamos a hacer, mi hijo no es para este colegio* tan exigente. Para muchos parece natural y lógico que algunos estudiantes, por lo que muestran en una evaluación de su rendimiento escolar, deban aceptar la condición de no caber, no calzar en un determinado establecimiento escolar. Negar la heterogeneidad y buscar la homogeneidad es querer aproximarse a un modelo, a un ideal. La diversidad o el desajuste ante ese ideal se concibe entonces como un problema que debe ser superado más que como una ventaja a explotar.

La diversidad en las aulas como ventaja pedagógica

La escuela debe cambiar su ideología y también sus expectativas sociales. Una escuela inclusiva reconoce que de partida hay puntos desiguales y los asume.

La escuela debe cambiar su ideología y también sus expectativas. O, dicho de otro modo, debe repensar su cultura y sus prácticas desde otro lugar. Una escuela inclusiva entiende que no es posible comenzar desde el mismo lugar con poblaciones diferentes. Reconoce la desigualdad y se hace cargo de ella. Una escuela que tiene como horizonte la inclusión sabe que los modelos pedagógicos tradicionales despojan de sentidos individuales y colectivos lo que se aprende en la

Cuaderno de Educación Nº 82, 2019
Actualidad

escuela y reconoce la importancia de potenciar los procesos que facilitan el aprendizaje; es una escuela que entiende el obstáculo que supone patologizar las diferencias. En definitiva, sabe que una respuesta pertinente a los desafíos actuales supone la aceptación y valoración de la heterogeneidad en el aula.

El sentido de la inclusión educativa nunca ha sido el de “nivelar hacia abajo” o “perjudicar a los más talentosos”. Estos argumentos han tenido fuerte presencia para defender la selección. Somos responsables de reaccionar con firmeza cuando esta idea tan incorrecta como nociva se plantea a la ciudadanía. La educación no es un premio para unos y un castigo para otros. Todo buen profesor o profesora sabe perfectamente que una nota 4.0 de ‘Juan’ puede tener mucho más mérito y esfuerzo que la nota 6,5 de ‘Ana’. Y, sin embargo, un discurso segregador quiere hacernos creer que el esfuerzo de David vale más que el de Juan a la hora de elegir dónde estudiar. Adherir a esta idea es negar el derecho a una educación de calidad y sin discriminación que tienen todas las familias, porque en todas ellas hay niñas, niños y adolescentes, como Ana y Juan que merecen por igual aprender en las mejores condiciones, eso es lo verdaderamente justo.

No da lo mismo optar por escuelas inclusivas o “exclusivas”. En el discurso cotidiano se han instalado las desventajas de aceptar la diversidad en las escuelas. Nadie ha dicho que ese desafío no tenga dificultades. Sin embargo, muchas investigaciones y experiencias escolares han dado muestras del beneficio pedagógico, cognitivo y social que trae el compartir las aulas con otros que saben, creen y hacen cosas distintas. No es sencillo avanzar hacia una escuela que aprovecha su diversidad. Pero hay muchas donde eso ya está ocurriendo y con éxito. Pero, sobre todo, tenemos el deber y la responsabilidad de hacerlo. Hagamos que la educación sea un baile, pero el baile de los que NO sobran.